

una firma de prospección petrolera ha organizado su empresa que tiene más de 300 empleados en Sabana de Torres, Norte de Santander. Jake es un empresario muy capaz, creador de riqueza, que trata bien a sus trabajadores y a su sindicato y contribuye generosamente con la comunidad del municipio.

En cierto momento Jake piensa que esa forma productiva y justa de operar le va a valer el aprecio de la guerrilla y que nunca lo van a secuestrar, pero se encuentra con todo lo contrario. Para la subversión él es un ladrón de sus trabajadores, intrínsecamente injusto y eso les justifica que lo secuestren y le impongan un pesado tributo o castigo. La guerrilla cree que tiene derecho a destruir vidas, la riqueza privada y también la pública, mientras subsista el sistema de injusticia social, todo en aras de un objetivo superior. Uno piensa en que el sistema de valores y la educación en el país producen muy pocos individuos como Jake y que ellos tienen, fuera de muchos otros impedimentos en su contra, a este violento factor de inseguridad que mínimamente los intimida. La guerrilla se enfrenta, entre otros, a los terratenientes rentistas e injustos por siglos pero termina, de alguna manera, pareciéndoseles en su concepción despectiva del trabajo productivo que se plasma en este hecho abrumador: Jake encuentra petróleo mientras que el ELN lo dinamita. El planteamiento paranoico es que si lo explotan los gringos, no importa que paguen de los impuestos más altos del mundo de esa industria, es mejor destruirlo.

Jake descubre metódicamente que la única manera de escapar a su secuestro es escamotearles la mercancía a sus captores y comienza un ayuno prolongado que lo va acabando paulatinamente, frente a la incredulidad primero y después desesperación para negociar rápidamente por parte de sus captores, antes de que su víctima logre auto liquidarse. El negocio se cierra por menos de una décima parte de la demanda inicial y Jake regresa a su familia y a los Estados Unidos.

La empresa de Jake es hoy en día más pequeña que antes de su secuestro y depende de una complicada burocracia que gasta la mayor parte de su tiem-

po en problemas de seguridad. Colombia termina siendo más pobre que siempre porque su guerrilla fortalecida castiga y frena la acción de los creadores de riqueza.

SALOMÓN KALMANOVITZ

“Todo nos llega tarde, hasta el socialismo”

Las huellas del socialismo

Diego Jaramillo Salgado

Universidad Autónoma del Estado de México y Universidad del Cauca (Colombia), 1997, 167 págs.

Ningún período de la historia colombiana de este siglo que finaliza ha estado tan presente como el de los años veinte. Son una especie de paradigma adonde se acude en busca de fórmulas, de explicaciones, de razones e incluso de alivio. Los veinte constituyen una fuente que abunda su caudal en la medida en que más se enturbia el proceso histórico de Colombia.

La publicación de Jaramillo empuja la historiografía del período. Sigue las tendencias historiográficas de los últimos tiempos que analizan las experiencias socialistas, intentadas entonces, desde su propio interior. Procura entender los procesos desde el presente que les correspondió vivir y no como preludio o negación de un socialismo futuro más sabio y capaz. Tratado autónomamente, se avanza en la historia del socialismo de 1919. La reconstrucción de su actividad política lo reivindica como partido consecuentemente identificado con las aspiraciones populares de su tiempo. Jaramillo le reconoce a este partido su capacidad de comprender la idiosincrasia de los colombianos y le admira su respeto al no violentar los principios tutelares de la cultura política colombiana.

La lectura de los postulados del socialismo colombiano nacido en 1919 nos lleva a abstracciones, de las cuales no es culpable el autor, pero que podrían contribuir a su comprensión. Lo

del socialismo fue un nombre, el más conveniente quizá, por surgir en una época de profunda simpatía por esa nominación. Podría haberse llamado de otra manera. De haber sido así, los historiadores marxistas no hubieran tenido que incomodarse en estudiarlo como socialismo *orientado más hacia la reforma que hacia la revolución*, sino que lo hubieran visto como lo que fue: un intento de nuevo partido, o lo hubieran pasado por alto, como sucede en las mejores historiografías del mundo. Su pecado fue haberse denominado socialista, y esto lo condenó a la manipulación de la interpretación en unas ocasiones y al desprecio en otras.



El socialismo de 1919 estaba interesado en jalonar el proceso de configuración del Estado colombiano; en crearle al país una infraestructura para su desarrollo burgués. Curiosamente, los historiadores de este período no han prestado atención al joven Gaitán. Precisamente cuando estaba decayendo la actividad del partido socialista, Jorge Eliécer Gaitán terminaba sus estudios de derecho y se graduaba en 1924 con una tesis sobre las ideas socialistas en Colombia, cuyos planteamientos son en extremo cercanos a los del socialismo que intervenía entonces en la vida política del país. Y es la vida política de Gaitán que desemboca en los años treinta la continuidad del socialismo del 19 y no el socialismo revolucionario de 1926. Lo que Jaramillo señala como las preocupaciones del socialismo del 19: el papel del Estado como gran tutor de la economía nacional, su injerencia en la sanidad pública, en el abaratamiento de la vida y como justiciero; la supresión de los privilegios, etc., pasaron a conformar el ideárium gaitanista.

Gaitán recoge tesis que los socialistas marxistas de finales del decenio desechan y las desarrolla. Por ejemplo, la definición de las clases que irían a estar al mando del Estado, aspectos que no precisaron los líderes socialistas de 1919-1923, o aquellas medianamente elaboradas como la de garantizarle al país una plataforma para una etapa socialista posterior. Lastimosamente, Jaramillo no se preocupa por demostrar las procedencias de los socialistas, las parábolas de sus vidas, lo que le hubiera permitido establecer tendencias e influencias externas como del positivismo o del darwinismo, o por corrientes del pensamiento latinoamericano que se abrían espacio entre la bruma de los nuevos ideologismos. El atribuirles una especificidad como atributo positivo no significa que no hayan estado influidos por el mundo exterior.

No hay trazos, en el libro, de rasgos, de pedazos de historias de vida que hubieran permitido reconstruir un retrato político del militante socialista. Puede ser una carencia de fuentes, ya que cuando el autor se adentra en el tránsito al socialismo marxista, emerge Luis Tejada, consentida y a veces sobredimensionada figura de la intelectualidad colombiana de izquierda.



La primera parte del libro contribuye a profundizar, más que en la historia del socialismo, en la del liberalismo. Permite entender el peso de los valores del partido liberal en la cultura política de la intelectualidad de principios de siglo. El comportamiento de ese partido durante el siglo XIX como defensor de los de abajo, como libertador de los negros, como perseguido y derrotado en la mayoría de las guerras civiles, particularmente en la última, la de los Mil

Días, y finalmente como opositor a la hegemonía conservadora, lo habían rodeado de una aura revolucionaria que los líderes socialistas no podían pasar por alto. Por eso insisto en que hubiera sido importante que Jaramillo nos hubiera presentado las procedencias políticas, por lo menos las de los líderes socialistas. El que la cúpula de dirigentes liberales hubiese estado en diálogo permanente con los jefes socialistas y que hubieran pactado alianzas demuestra, más que estrategias, sintonías e identificaciones.

Ha sido costumbre del partido liberal colombiano enriquecerse y renovarse con los postulados de las corrientes ubicadas históricamente a su izquierda. Detrás del proyecto de la Revolución en Marcha estaba el gaitanismo de los tiempos de la Unión Izquierdista Revolucionaria; detrás del Frente de Transformación Nacional de Lleras Restrepo en 1966 estuvo el ideario del MRL. Y así había sucedido por primera vez en este siglo con el programa de los socialistas del 19, absorbido en su totalidad por el liberalismo de Benjamín Herrera. Empero, lo grave, y es ése un aporte de Jaramillo, es que, a diferencia de los casos posteriores mencionados, el de los años veinte se hace sin corresponder a un proceso interno del liberalismo. Lo que sería cierto si independizamos el socialismo que estamos analizando del liberalismo de entonces, que es lo que hace el profesor Diego Jaramillo y que no compartimos. Aunque son tiempos distintos en condiciones distintas, se podría trazar una analogía con el proceso vivido en los años sesenta en el caso del Movimiento Revolucionario Liberal y sus relaciones con el partido liberal. Aquí se trató de un proceso interno de ese partido, pero aun así, gran parte de los emerrelistas se le midieron no al robustecimiento a largo plazo del liberalismo sino a la creación de un nuevo partido. Y tampoco, como entre los años 1919 y 1923, pudieron ni crearlo ni ser reconocidos en el inventario del socialismo revolucionario. Como entonces, unos fueron a parar en corrientes comunistas y otros regresaron a su vieja casa. Las dos coyunturas son bien parecidas, ambas acompañadas por procesos revolucionarios externos abrazadores y, pa-

radójicamente, ambas fortalecedoras del liberalismo colombiano.

Aunque el libro de Jaramillo cubre todos los experimentos socialistas de los años veinte, su reconstrucción del primer socialismo de este siglo es la parte mejor lograda. La más novedosa y aportadora, la que menos conocíamos. Visto como un socialismo específico colombiano, sus contenidos aparecen tan contemporáneos como necesarios y útiles para la reflexión y comprensión de nuestro presente. Jaramillo, filósofo de profesión, dedica buen espacio a profundizar en los aspectos teóricos del pensamiento socialista. Elabora científicamente los proyectos de sociedad y de Estado por los que lucharon sus líderes. De pronto resulta el análisis un poco amalgamado, pero es allí, en esa construcción, donde está su profesionalismo.

Por supuesto, el tema del socialismo de los veinte no se agota. Jaramillo abre una brecha por donde pueden empezar a caminar nuevas investigaciones que ojalá lo sean más empíricas que analíticas, para que contribuyan mejor a una teorización pausada pero bien respaldada.

CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO
Profesor,
Universidad Nacional de Colombia

Clon conceptual, sujeción maquínica, simultaneidades endógenas

La ciudad: Umbral ambiental y social
Carlos Eduardo Calderón Llantén y
Fernando Romero Loaiza
Papiro, Santafé de Bogotá, 1997, 222
págs., ilustrado

"Al igual que Prigogine, consideramos que los actuales modelos de ciudad moderna capitalista y las sociedades de alto consumo energético se acercan al *límite de complejidad y el umbral crítico de estabilidad*". Esta observación (pág. 42) ubica el sentido de la discu-